

CAPITULO IV.

OBSERVACIONES ACERCA DE LAS AVES PELAGIANAS (1).

Lo mismo que la tierra, tiene el Océano sus aves que obligadas á recorrer sin cesar, la vasta estension de los campos *cerúleos*, para proveer á su subsistencia, fueron dotadas de una potencia extraordinaria para el vuelo, á fin de poder atravesar en solo algunas horas espacios considerables y de dirigirse á donde el instinto las guia.

Entre estas numerosas tribus existen costumbres tan diversas como en los caractéres físicos que sirven para clasificarlas, y esto nos determina á dar el nombre de aves pelagianas, propiamente dichas, no mas que á los petrelos y los albatroses. Hállanse los primeros en todos los mares, bajo todos los meridianos, y en casi todas las latitudes. Escepto el poco tiempo que invierten en la reproduccion, emplean todo el resto de su vida en recorrer el Océano buscando penosamente, en medio de las tormentas, un alimento raro que digieren con la misma rapidez que lo engullen, lo que parece someter á estos animales al dominio de una funcion única, la de la nutricion. Sabido es que algunas aves forman familias de lengua plumosa, y que en virtud de esta organizacion particular se ven obligadas á estar continuamente en

(1) Memoria de Mrs. Quoy y Gaimard, inserta en la parte zoológica del Uranio, pág. 142 y siguientes.

movimiento con el fin de alimentarse. Realmente y con toda justicia, puede decirse de estos animales que en lugar de *comer para vivir, viven para comer.*

Las fragatas, los rabijuncos, las aves locas, los nodis, aunque algunas veces hacen largas escursiones sobre el Océano no merecen el nombre de pelagianos: generalmente se separan muy poco de las costas y prefieren á las ondulaciones de las aguas del mar sus rocas solitarias que les sirven de guarida nocturna.

Antes de hablar sucesivamente de estas especies, diremos que la dificultad de estudiarlas de cerca ha complicado considerablemente su sinonimia. Los navegantes de todas las naciones les han dado nombres diferentes y se han aventurado á hacer descripciones solo porque las han visto cruzar en su derrotero; de suerte que á escepcion de las especies que poseemos, cuyas costumbres habituales son bien conocidas, debemos de preservarnos contra las innovaciones que hacen muchos nomenclatores. Muy útil seria sin embargo conocer los nombres que recibieron algunas de dichas aves; y como aun podemos deber nuevos descubrimientos á la geografía, la navegacion en ciertas circunstancias pudiera ilustrarnos en la materia.

Esto es lo que la esperiencia acredita ordinariamente, y con especialidad en el grande Océano, como antes de mucho haremos ver.

Habiéndonos dedicado particularmente al estudio de las aves marítimas, y habiendo observado durante nuestras navegaciones que les aplicaban los marinos nombres muy diversos, tales como los de cortadores de agua, sardineros, mangas de terciopelo, zapateros, locos, etc., habiamos procurado hacer de tal modo que esta sinonimia estuviese acorde con la de los naturalistas; pero muy en breve abandonamos esta idea al ver que los navegantes no se entendian unos á otros por lo que respecta al nombre dado á los mis-

mos individuos, y que muchos de estos animales no los teníamos á la vista para reconocerlos debidamente. Limitarémos, portanto, á hablar de las costumbres de algunos, comenzando por los albatroses.

Estas aves son muy conocidas, y las personas que hicieron alguna travesía pasando por la estremidad meridional del Africa, saben que los marinos franceses las conocen con el nombre de *carneros del Cabo*. Entre las aves palmípedas son las de mayor tamaño: muy raras en el Norte, pertenecen mas especialmente al hemisferio Antártico, y nunca llegan hasta nuestros mares. Preciso es pasar el ecuador y visitar los mares que se estienden desde la China hasta las costas de América, pues estas regiones son las que principalmente habitan, y se asegura que son muy abundantes en Kamstchatka.

En el hemisferio del Sur se comienzan á ver albatroses desde el trópico, si bien en pequeño número, y solo hemos visto una sola vez la especie clororinco, cerca de Cabo Frio en el Brasil. Generalmente principian á ser mas frecuentes en el trigésimo grado, y lo son todavía mas á medida que es mayor la latitud. Entre los cincuenta y cinco y cincuenta y nueve grados es donde abundan mas, y probablemente en esta dirección no conocen otros límites que los hielos polares, recorren todos los meridianos de este espacio inmenso, los cortan ó los prolongan con la rapidez del águila segun que hallan el alimento mas ó menos abundante.

Tienen, sin embargo, sus mansiones predilectas, que son las estremidades mas australes de los dos continentes, es decir, el cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, donde son muy comunes las tempestades, y perpétuas las escarchas, y donde se estrellan las olas de dos océanos sin límites. Al ver sus numerosas bandadas, todos los navegantes reconocen que

se encuentran no muy distantes del cabo de Buena Esperanza, cuyo indicio hemos observado por nuestra parte, al paso que nos íbamos acercando á la Tierra del Fuego. Habíamos recorrido sin interrupcion el espacio que separa al puerto Jackson de la América: desde nuestra salida habíamos visto algunas de estas aves que nos acompañaron casi constantemente, y cuando al ver una mar irridada y al través de las nieblas, reconocimos la Tierra de Fuego, por estar inmediato al cabo de la Desolacion, su número aumentó considerablemente.

Como estas aves son de un tamaño enorme, y pasan muy cerca de los buques, muy fácil seria establecer algunas especies, si los matices no variasen hasta lo infinito, tanto en uno como en otro sexo, segun la edad y las estaciones, como se observa en los goelandios. Asi, pues, nos contentaremos con indicar por las localidades las especies cuyos caracteres son bastante distintivos; y reuniremos en un mismo grupo, como si se tratase de un solo individuo, el diomedea desterrado (*diomedea exulans*), otros muchos acerca de los cuales muy pocos datos tenemos todavía.

Comenzaremos por esta última especie por ser la primera que hemos visto á las inmediaciones del cabo de Buena Esperanza en el mes de abril, y nos acompañó viajando á la isla de Francia hasta cien leguas mas allá del trópico de Capricornio. A fines de agosto la encontramos casi en los mismos parages por los veinte y seis grados de latitud, cerca de la bahía de los Perros Marinos, en la Nueva Holanda. Pertenecen ademas á la misma especie los albatroses del Puerto Jackson y del cabo de Hornos, que hemos visto en estos mares desde noviembre hasta febrero.

Las diferencias que hemos observado, se reducen á las que vamos á indicar para cada individuo.

1.^o Lomo y coberteras de las alas de un moreno

sucio; vientre blanco: probablemente esta variedad es la que ha servido de tipo para la especie *diomedea spadicea*.

2.º Lomo grisiento: este color se estiende sobre las alas y se hace parduzco á medida que se acerca á sus estremidades: el vientre es moreno.

3.º Lomo y pecho de un blanco brillante, así como las coberteras de las alas: el resto de las mismas alas es negro por encima. Existen ligeras variedades en tal concepto, por lo que respecta al blanco que se estiende mas ó menos en los diferentes individuos.

4.º Alas morenas, vientre y lomo blancos: distínguese principalmente por una raya negra sobre la estremidad de la cola parecida á un abanico y tal vez sea esta una especie diferente. Juntamente con las demas la hemos visto no muy lejos de la bahía llamada de los Perros-Marinos.

5.º Como á los treinta y seis grados de latitud norte, al viajar desde las Marianas á las islas de Sandwich, vimos un albatros mucho mas pequeño que los precedentes, aunque como ellos tenia algunas manchas de un gris blanquecino. Un carácter constante, peculiar á todos los individuos de esta especie, es el tener blanca la parte posterior de las alas á escepcion de la punta cuyo color es negro.

Las demas especies perfectamente distintas, son: el albatros moreno de la China, que á causa de su color y de su pequeño tamaño, al verle volar puede confundirse con un gran petrelo; el fuliginoso que por poco que se acerque á los buques se distingue siempre del petrelo gigante, por su color moreno mas oscuro, su pico blanco, y sobre todo por el semicírculo que del mismo color tiene alrededor de los ojos (1).

(1) Esta ave tiene el cuerpo de un color gris ceniciento; la cabeza, las alas y la estremidad de la cola, de un color mo-

Nos hemos podido proporcionar dos individuos en el grande Océano, bajo latitudes bien opuestas; el primero al ir desde las Marianas á las islas de Sandwich como á los treinta y seis grados de latitud Norte, y el segundo hácia los cincuenta y ocho de latitud Sur y á unas cuatrocientas leguas del cabo de Hornos.

Viene en seguida el clororinco que desde lejos se conoce, por ser mas pequeño que el *diomedea exulans*, y porque siendo blanca la parte superior del cuerpo, las coberteras de sus alas siempre son negras. Este carácter no varia jamás, siendo por lo mismo mas saliente y por lo menos tan positivo como el del color del pico.

Esta ave nunca se aproxima mucho á las embarcaciones, como las demas especies. La hemos visto cerca de la Tierra del Fuego, por los cincuenta y cinco grados de latitud, en la bahía francesa, en las islas Maluinas, y por último, recorriendo la costa oriental de América hasta llegar al trópico.

Los petrelos infinitamente mas numerosos, en especies que el género precedente, son tambien mucho mas difíciles de determinar. Estas aves son compañeras inseparables de los marinos durante su larga y penosa navegacion, y como ya lo hemos indicado, se hallan en todos los mares desde el uno al otro polo. Volando sin cesar alrededor de los buques, solo los abandonan cuando el viento se pone en calma, y esto por un instinto de que ya hablaremos despues de ha-

renuzco: un semicírculo blanco al rededor del ojo, tiene la amplitud del párpado. La mandíbula inferior presenta una línea membranosa de un blanco azulado. Contra lo comun las patas tienen posteriormente ciertos rudimentos de uñas. La amplitud de sus alas estendidas es como de seis pies y dos pulgadas.

cer mención de los caracteres físicos peculiares á algunos de estos seres.

Hemos visto al mas comun y mejor conocido de todos, que es el *tablero de damas*, frecuentando al mismo tiempo en el mes de febrero, los parages brumosos de las islas Maluinas, hácia los cincuenta y un grados de latitud, y el hermoso cielo del Brasil, donde todavía le encontramos en setiembre. Asi es, que deteniéndose en latitud hácia los límites de la zona templada, recorre en longitud todo el espacio que separa al Africa del Nuevo Mundo y de la Nueva Holanda. Distan mucho estas aves de hallarse confinadas bajo los cuarenta grados de latitud meridional, como afirma Linneo, refiriéndose á las aseveraciones de los viajeros y por lo que á nosotros respecta no hacemos mas que indicar lo que hemos visto, sin inferir que no es tiendan sus correrías mucho mas lejos en otros parages que no hemos llegado á frecuentar. En ciertas cuestiones de historia natural solo existen conjeturas mas ó menos fundadas y nunca hechos generales é invariables, por carecer de suficiente número de observaciones exactas.

Preciso es añadir á las particularidades que conocemos acerca de estos seres, la de no poder remontar el vuelo cuando se les pone sobre una superficie plana, tal como el puente de un navío; sin embargo, sus alas no son muy largas ni sus piernas escesivamente cortas.

Despues de los tableros de damas, el grupo que se encuentra mas frecuentemente, es el de los pequesimos petrelos, de los cuales se conservan algunas especies en las colecciones, aunque no todas ellas son conocidas.

Nada podemos decir del ave de las tempestades (*procellaria pelágica*) ó el satanáas de los marineros, que aparece desde los mares del Norte hasta llegar al

polo del Sur, sino que ya se ha desvanecido el error que algunos alimentaban de que su presencia es precursora de la tempestad.

Nos limitaremos á indicar algunas especies diversas que suelen confundir los navegantes con la que nos ocupa á causa de ser su tamaño igual. Hallándonos en el ecuador atlántico como á los veinte y cinco grados de longitud Oeste, vimos durante muchos dias del mes de octubre, varios petrelos negros y pequeños de rabadilla blanca que tenían sobre cada una de las alas una ancha línea longitudinal de un negro mas oscuro.

Antes de entrar en el cabo de Buena Esperanza y en el mes de marzo, muchos millares de estos pequeños palmípedos, negros, manchados de gris por encima seguian constantemente nuestra estela.

Bajo la línea equinocial en el grande Océano como á unos doscientos cincuenta grados de longitud occidental, contados desde el meridiano de Paris, fuimos seguidos por una especie negra de vientre blanco y cola encorvada que vuela con mucha rapidez.

Por último, despues de nuestra salida del puerto Jackson, al dirigirnos hácia la estremidad meridional de la América, hemos visto muchas especies de color negro y vientre blanco, aunque con la cola cuadrada.

Pasando desde las mas pequeñas de estas aves á las mas voluminosas de la misma familia, que por lo que respecta á sus dimensiones difieren tanto como un gorrion y un ganso, diremos que el petrelo gigante habita desde algo mas allá del cabo de Hornos hasta el de Buena Esperanza y que sus límites en latitud parecen ser los de la zona templada; fuera de la cual, muy rara vez se descubre. Lo hemos encontrado en las Maluinas, y hasta algunas veces hizo parte de los alimentos con que nos sustentábamos.

Sabemos por Orne, capitán americano, que se ocupaba por entonces de la pesca de las focas en estos parages, que en tiempo de primavera se dirigen en numerosas bandadas, á depositar sus huevos sobre la arena: así es, que con ellos se alimentaba la tripulación y podían cargarse varias chalupas.

Si hemos de dar crédito á lo que dice Delano, otro capitán que también frecuentó las costas de América, parece que dichas aves son susceptibles de ordenar metódicamente la distribución general de sus huevos y que como viven por entonces á modo de república, ejercen alternativamente una vigilancia muy particular en la especie de establecimiento temporal que forman en aquella época. Y como el capitán Orne que conoce perfectamente las Maluinas por haberlas visitado muchas veces, nada nos haya hablado acerca de esta particularidad, solo le daremos el crédito que merece un hecho extraordinario cuando no le hemos llegado á presenciar.

En la mar, el petrelo gigante puede confundirse con el albatros grisiento por ser de tamaño igual; con todo por poco que se le vea de cerca se le distingue sin dificultad á causa de la protuberancia muy saliente que forman sobre su pico los dos mechones de sus narices, protuberancia que en el albastrosapenas es perceptible.

Los caracteres de que vamos á servirnos para distinguir las especies ó las variedades siguientes que daremos á conocer, no son bastante exactos para establecerlos como seguros, puesto que no hemos podido tener á nuestra disposición los individuos: solo después de un examen minucioso y reiterado que hacíamos cuando pasaban una y otra vez por delante de nuestras embarcaciones, es cuando nos hemos aventurado á describirlos, todo lo cual es muy insuficiente sin duda alguna.

Pero si se reflexiona que solo los albastroses y los petrelos tienen la costumbre de acompañar á los buques, parecerá fácil á los navegantes el aplicar á unos ú otros lo que vamos á decir, y reconocer los rasgos de analogía que existan entre las especies que se ofrezcan á su inspección, y las que nosotros hemos visto en tal ó cual parage.

Por lo demás, este medio puesto en práctica por observadores juiciosos y reflexivos, quizás es el único por cuyo medio pueda esclarecerse la historia de dichas aves; porque como solo vuelan al rededor de los buques cuando la mar está agitada, es bastante fácil el matarlos y esto es lo que hicimos algunas veces; pero en cambio no es posible recogerlas sin comprometer la vida de los hombres que á ello se atreviesen. Por otra parte, como en general las tierras que frecuentan son rocas inaccesibles, contra las cuales se estrellan las olas del mar, mucho tiempo ha de transcurrir antes que lleguemos á conocer sus hábitos durante la postura y la educación de sus polluelos.

Cerca del cabo de Buena Esperanza hemos visto algunos petrelos grises y otros negros, con una lúnula blanca al rededor del ojo, y entre dicho cabo y la isla de Francia, una especie de gran tamaño, totalmente morena que compareció á la par que otra mas pequeña cuyo color casi era negro.

Al navegar desde la isla de Borbon á la bahía de los Perros-Marinos, hemos visto algunas completamente negras y otras que unian á este color un vientre blanco con manchas morenuzcas sobre la cabeza y el lomo. La misma especie sin manchas de tal naturaleza, nos acompañó desde las Maluinas hasta Montevideo y desde allí al Brasil; de suerte que habita mas acá y mas allá del cabo de Buena Esperanza hasta llegar al estrecho de Magallanes.

El petrelo ceniciento se encuentra en la bahía de los Perros-Marinos, en la Nueva Holanda.

No lejos del puerto Jackson y en el mes de noviembre encontramos algunas bandadas de aves de esta especie que seguían la dirección de los bancos donde había abundancia de peces ó de ciertos moluscos que apresaban con mucha agilidad: eran negros por encima y morenos por debajo.

Como á los cincuenta y tres grados de latitud, á las inmediaciones de la isla de Campbel, se halla un petrelo por cuya forma y modo de volar se parece al tablero de damas, siendo su color grisiento. Probablemente esta ave es la que el capitán Cook compara con el *procellaria capensis*, aunque no son de la misma especie.

Con corta diferencia se ven otros semejantes en las Maluinias, si bien en la estremidad de sus alas está manchado de negro y blanco y se parecen mucho al petrelo paloma.

No lejos de la misma isla Campbel vimos durante muchos días, grandes petrelos cuyo cuerpo era blanco, las alas por la parte exterior, el lomo por su latitud y la estremidad de la cola eran de color negro, mientras que por su parte interior las alas eran negras, con una faja blanca que se extendía en sentido de su longitud.

Una de sus variedades, en lugar de tener la cabeza blanca como las precedentes, la tenía totalmente negra.

Poco después de haber salido de aquellas aguas hemos visto girar en torno de nuestras embarcaciones, un petrelo muy diferente por su forma y su vuelo, de los que habíamos visto hasta el día. Es muy voluminoso, negro muy oscuro, con algunas manchas blancas en la estremidad del ala y un vuelo poco ágil, lo que quizás depende del poco desarrollo que tienen

sus alas comparativamente á la de otros volátiles de su género.

Cuando los navegantes observen que ciertas aves marítimas vuelan sin cesar al rededor de las embarcaciones, cerniéndose sobre sus cabezas, desde luego podrán afirmar que son petrelos. Las grandes especies de estas aves pueden confundirse algunas veces con los albatroses, pero como ya hemos indicado, si se acercan suficientemente, nada más fácil que distinguirlos, á causa de la proeminencia de sus narices.

Estas aves deben ser consideradas como esencialmente pelagianas, pues frecuentan todos los mares y, por decirlo así, en todas las estaciones. Es de presumir, no obstante, que en la época de los amores se alejen menos de las rocas por no abandonar sus hijuelos que en ellas yacen y requieren ser alimentados con frecuencia.

Es indudable que los peces sirven de presa á los albatroses y á los petrelos; sin embargo, nunca hemos visto que persiguiesen á los peces voladores, de los cuales no hemos hallado indicio al abrir el estómago de dichos animales, ni tampoco á ciertos moluscos que á veces cubren los mares y de los cuales bastaría uno solo para saciar el apetito de una de estas aves por el término de veinte y cuatro horas. Por do quiera, nos rodeaban las medusas, los biforos, los fisalias, etc., pero despreciaban estos peces para buscar con avidez otros alimentos. No miran con la misma indiferencia las jibias y los calamares cuyos fragmentos hemos encontrado casi siempre en su ventriculo.

Una circunstancia que no ha podido ocultársenos durante nuestras largas navegaciones, es el hábito, ó más bien diremos, la necesidad que tienen de frecuentar los mares agitados: la misma tempestad no les arredra y después del golpe de viento, memorable para nosotros, que recibimos en el estrecho de le *Mairo*,

veíamos á los petrelos rodear el cadáver de una ballena, volar contra la corriente del aire y balancearse sobre las montañas movibles de un mar irritado.

Habiendo sustituido la calma al furor de las olas, abandonaron la superficie de aquellas aguas huyendo á otras regiones para reaparecer cuando los vientos soplasen desencadenados. Esto depende sin duda alguna de que la agitacion de las olas eleva á la superficie mayor cantidad de animales marítimos que sirven de pasto á dichas aves; y acaso por igual razon se detienen sobre la estela del buque, bien que el mar esté agitado ó en calma. Esta causa nos fué demostrada del modo mas evidente al llegar al cabo de Buena Esperanza. Nos habia acompañado una numerosa cantidad de petrelos, cuya magnitud no era mayor que la de los *alciones*, y volando á flor de agua solo ocupaban una línea exactamente igual á la latitud de nuestra estela, siendo de notar que en ninguna otra parte se veian. Hemos observado que nada arrojaban desde el buque, y veíamos no obstante, que á cada paso se lanzaban á coger con el pico alguna cosa que no podíamos distinguir.

La duracion, la rapidez, la fuerza y hasta el mismo modo de volar de estas aves, siempre hasido para nosotros un objeto de admiracion y de estudio. Versu agilidad al dirigirse sobre su presa como quien lanza un harpon, y arrebatarla con el pico, contemplar la prontitud con que eluden los embates de las olas espumosas, recorriendo sus sinuosos surcos; este espectáculo era algunas veces el único que durante muchos meses nos podian ofrecer las soledades del Océano.

Uno de los caractéres que mejor distinguen á estos palmípedos, es que casi siempre se ciernen en el aire al paso que vuelan. Si algunas veces mueven las alas, es para elevarse con mayor rapidéz; pero estos casos son muy raros. Este mecanismo puede observarse

mas principalmente en los albatroses, como que son mas voluminosos y se acercan mas á los navíos. Nos hemos cerciorado y lo hemos hecho observar á diferentes personas del estado mayor de *Urarnio*, que estendidas sus alas y formando por debajo una concavidad, no ofrecen vibraciones aparentes, cualquiera que sea la posicion que tomen dichas aves, bien que esfloreciendo la superficie de la ola pleguen el vuelo á sus ondulaciones, bien que elevándose describan grandes curvas al rededor del bagel.

Las aves de rapiña terrestres que se ciernen con frecuencia, acostumbran á bajar las alas cuando practican dicho movimiento. Los albatroses y los petrelos por el contrario, se elevan con facilidad, giran bruscamente sobre si mismos, valiéndose de la cola; siguen una direccion opuesta al viento mas fuerte, sin que su vuelo parezca mas lento, y sin comunicar á sus alas ningun movimiento sensible.

Sin embargo, forzoso es admitir una accion, una impulsión cualquiera sobre el fluido que los sostiene, aunque probablemente no la percibimos porque se efectua en la estremidad de muy largas palancas, sin que por eso deje de existir: ni de otro modo pudiera concebirse como se verifican dichas funciones en el animal que nos ocupa.

Algunas de estas aves están provistas de alas tan desmesuradamente largas, que aun despues de posadas las tienen estendidas por un instante. Cuando las cierrán son menos elegantes sus formas á causa del bulto que producen hácia la parte posterior del cuerpo. Pero al volar es cuando estas aves despliegan ventaja sus encantos naturales y para sostener aquel, están dotadas de una fuerza prodigiosa. Hácia los cincuenta y nueve grados de latitud Sur, donde casi no se conoce la noche, cuando el sol se halla bajo el trópico de Capricornio, hemos notado que los mismos

petrelos volaban sin interrupcion por espacio de muchos dias.

Los petrelos no acostumbran á sumergirse en el agua para alcanzar su presa; descansan desde luego sobre la superficie del mar, y si el animal á quien acechan se mantiene á cierta profundidad, procuran apoderarse de él, introduciendo en el agua una parte de su cuerpo.

De todo lo dicho resulta que solo la presencia de estas aves no es un indicio seguro de la proximidad de la costa.

Después de esta numerosa familia siguen las fragatas que así mismo vuelan facilmente, aunque sin merecer el nombre de pelagianas, segun el sentido que hemos dado á esta denominacion basada sobre hábitos particulares. En efecto, las fragatas se alejan poco de las costas, y como solo dos veces hemos visto cuatro en alta mar y además en parages poco conocidos, sospechamos desde luego, la existencia de algunas rocas en aquellas cercanías.

Este género es muy limitado y todas las especies que hemos visto nos parecieron totalmente semejantes á la mas comun *pelecanus aquila*, sin exceptuar las que los habitantes de las Carolinas llevan de regalo al gobernador de las Marianas (1).

Las fragatas hacen un gran consumo de alimentos: en Rio Janeiro donde llegan hasta delante del palacio real para buscar su pasto entre la inmundicia de la rada, hemos visto á una de estas aves que cayó mor-

(1) De estas aves domesticadas, nutridas con peces y regaladas por un pueblo pacífico, de costumbres sencillas, existen algunos individuos en el Museo. El color leonado que se observá en sus alas es peculiar de los individuos mas jóvenes, y entonces es cuando con mas facilidad puede percibirse el vello.

talmente herida, arrojar de su estómago al tiempo de espirar mas de dos libras de peces.

Se mantienen con frecuencia en las regiones elevadas, se ciernen ó agitan las alas de tal modo, como si las tuviesen dislocadas. Cuando llegan á descubrir su presa, descienden dando vueltas al rededor, suspenden su vuelo cuando se hallan á la inmediacion del agua y sin introducirse en esta, arrebatan su víctima sirviéndose de su largo pico.

Hemos leído con las narraciones de ciertos viajeros y oído con frecuencia á algunos marinos, que muchas veces han visto fragatas en gran cantidad y á una considerable distancia de la costa. No es imposible que esto suceda; sin embargo, seria muy conveniente cerciorarse si esta ave era totalmente negra ó negra con vientre blanco, larga y encorvada cola, cuello prolongado con el buche rojo ó de otro color, si volaba á mucha altura aproximándose muy pocas veces á las embarcaciones. Por nuestra parte, solo la hemos visto en las cercanías de la isla de la Ascension, en el mar Atlántico, el rio de Janeiro, cerca de la isla de Rosa, que hemos descubierto en el grande Océano, en Timor y algunos otros parages, aunque siempre á la inmediacion de las costas.

Las demás aves marítimas, de que nos ocuparemos muy luego, no tan solo distan y difieren de las especies precedentes por sus formas, sino tambien por sus costumbres. Su energía en el vuelo es mucho menor y necesitan descansar frecuentemente, bien sea sobre las aguas ó en tierra. Por lo regular se alejan poco, y siempre en grandes bandadas, de los lugares que han escogido para mansion suya, y se sumergen en el agua lanzándose bruscamente sobre su presa.

Colocaremos las aves locas en tercer término. Aunque muy pocas veces se hallan en medio de los mares, no por eso están menos esparcidas que los pe-

trelos sobre la superficie del globo, habiendo observado que generalmente sus especies no están circunscritas á determinadas latitudes. La mas comun, que es totalmente blanca á escepcion de las alas, cuya parte superior es negra (*pelecanus bassanus*), habita en las costas de Francia é Inglaterra: encuéntrase tambien en el cabo de Buena Esperanza, donde los navegantes franceses le dan el nombre de *manche de velours*, asi como los portugueses le llaman *manga de veludo* (manga de terciopelo). El célebre marino, é hidrógrafo d' Aprés, indica la presencia de estas aves como un signo infalible que da á conocer la proximidad de aquella parte del Africa.

Otras semejantes hemos visto en la isla de Francia no lejos de las costas de la Nueva Holanda, al dirigirnos á la bahía de los Perros Marinos: nos anunciaron la inmediacion de Timor situado en una latitud ardiente, y las islas Howe, que preceden al puerto Jackson. Las descubrimos en gran número, delante de Amboina, en las Marianas y alrededor de la isla de Rosa: por último, si quisiésemos citar los lugares que frecuentan, casi seria preciso enumerar todas las tierras que hemos visitado ó simplemente percibido.

Esta especie por el color negro que, en todo ó en parte cubre sus alas, es muy facil de distinguir aunque sea de lejos.

Hay otras cuyo color incierto varia con la edad: nosotros nos contentaremos con indicarlas. No sucedió otro tanto con el loco bubia (*pelecanus calvus*): por su talla mediana, su color totalmente moreno, algunas veces con vientre blanco, es muy fácil de conocer. En los meses de diciembre y enero hemos visto muchos en el Brasil: habitan en esta época los numerosos islotes de Rio Janeiro; y diariamente, cuando la brisa agitaba la superficie de la mar, les veíamos concurrir por centenares, á la entrada de la

bahía, dejándose caer, desde bastante altura, con las alas plegadas cual si fuesen cuerpos inanimados. En este ejercicio, que renuevan hasta que su enorme estómago se hinche de pescado, permanecen de seis á ocho segundos bajo el agua. Para que su pesca sea abundante parece necesario que las olas estén algo turbias, porque no se presentan durante las horas de calma hasta que los vientos regulares comienzan á soplar.

Cuando tres años despues volvimos á las mismas aguas, se pasaron los meses de julio, agosto y setiembre sin que viésemos aves de esta especie ni siquiera en mediocre cantidad, porque habian mudado de mansion: tan solo algunas que no habian llegado á emigrar como las demas, de cuando en cuando se dejaban ver en la rada.

Armados de un pico muy fuerte y dentado á modo de sierra, son susceptibles los locos de ocasionar heridas tanto mas peligrosas, cuanto que se ha observado que como lo practican las garzas, se lanzan al rostro cuando se van á coger despues de haberlas herido.

Solo podemos hacer mencion de una especie que mató Mr. Berard en la travesía, al ir desde Guam á Tinian en las Carolinas. Era notable por el color rosado de las membranas que cubren generalmente la cabeza y la parte superior de la garganta. Los carolinenses, que consideran la carne de estas aves como un manjar exquisito, se apoderaron de ella con avidez, y contentándose con presentarla al fuego para que se desprendiesen las plumas se pusieron, á comerla: asi es, que nuestro compañero no pudo tomar otros datos acerca de esta especie nueva que los que acabamos de referir.

El indicio mas seguro para distinguir los locos en el mar es el ver que se sumergen desapareciendo ba-